

Efectos de la globalización económica y cultural sobre las comunidades campesinas tradicionales del centro de México

GILBERTO GIMÉNEZ*
MÓNICA GENDREAU**

Resumen: *¿Por qué ciertas comunidades campesinas —como las del centro de México— siguen siendo tradicionales a pesar de hallarse plenamente expuestas a la influencia de la modernidad? Este estudio, cuyos resultados derivan de una encuesta de alcance regional y de la observación etnográfica, sugiere por un lado que los propios procesos de modernización/globalización explicarían la persistencia de la vieja civilización rural; y por otro que son las propias comunidades rurales las que se aferran a los recursos de solidaridad inherentes a su cultura tradicional como estrategia de sobrevivencia en un mundo económicamente darwinista. Finalmente, el estudio permite concluir que el localismo y el tradicionalismo no excluyen la apertura al desarrollo y a mejores condiciones de vida.*

Abstract: *Why do certain peasant communities —such as those in the center of Mexico— continue to be traditional despite being fully exposed to the influence of modernity? This study, whose results are drawn from a regional survey, and ethnographic observation, suggest, on the one hand, that the processes of modernization/globalization would explain the persistence of the old rural civilization, and on the other hand, that the rural communities themselves cling to the resources of solidarity inherent in traditional culture as a survival strategy in an economically Darwinian world. Finally, the study concludes that localism and traditionalism do not exclude openness to development and to better living conditions.*

Palabras clave: territorio, región, geografía regional, cultura, identidad, pertenencia socioterritorial, globalización, modernización.

Key words: territory, region, regional geography, culture, identity, socio-territorial belonging, globalization, modernization.

EL PROBLEMA, LA TEORÍA Y LOS MÉTODOS

Planteamiento del problema

A FINALES DE 1998 INICIAMOS UNA INVESTIGACIÓN en el valle de Atlixco, Puebla, en la cual adoptamos una perspectiva regional, pero con la peculiaridad de enfocar como principal objeto de estudio la dimensión cultural de la región, no sólo en términos objetivos (cultura “ecológica” y etnográfica), sino también subjetivos, es decir, explorando la percepción que tienen los habitantes de su entorno territorial.

* Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Sociales, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.; e-mail: gilberto @servidor.unam.mx; tel.: 56-22-74-00, ext. 308; fax.: 56-65-24-43

** Dirigir correspondencia a la Universidad Iberoamericana-Golfo Centro, kilómetro 3.5, Carretera Federal Puebla-Atlixco, C.P. 72430, Puebla, Pue.; e-mail: gendreau@uiagc.pue.uia.mx; tel.: (01-2)-229-07-00, ext. 340.

De este modo nos habíamos instalado, sin tener al principio una conciencia muy clara de ello, en los terrenos de lo que hoy se llama geografía cultural y geografía de la percepción (Claval, 1995; Moles y Rohmer, 1998).

Nuestro objetivo era doble: por un lado, indagar sobre la situación y la fisonomía actual de los pueblos campesinos tradicionales del centro de México, explorando su modo de producción, su grado de integración cultural, sus formas de sociabilidad y, sobre todo, su vinculación subjetiva con el territorio regional; y, por otro, evaluar el impacto de la modernidad urbana —en sentido económico y cultural— sobre estas mismas poblaciones.

Suponíamos que este impacto modernizador se habría producido por tres conductos principales, sin excluir otras vías más difusas:

- 1) la polarización urbana ejercida por la ciudad de Puebla sobre su entorno, con sus efectos de “periurbanización”¹ y “rurbanización”;²
- 2) los flujos migratorios en el espacio nacional e internacional;
- 3) la exposición a los *mass-media*.

En efecto, hoy suele aceptarse que la modernización y, por consiguiente, la globalización,³ pasan fundamentalmente por las grandes metrópolis y que éstas, a su vez, tienden a producir en torno a sí una periferia rural integrada (“periurbanización”) que se caracteriza por la diseminación de residencias secundarias con jardines y huertos privados, por la intensificación de la horticultura comercial destinada al mercado urbano, por el incremento de los sectores secundario y terciario y, de modo general, por la difusión de estilos de vida y de consumo urbanos en pleno medio rural (“rurbanización”).

También suele aceptarse que la migración, además de fomentar el desarraigo y el cosmopolitismo, provoca efectos de aculturación urbana en los lugares de destino que repercuten sobre los lugares de origen a través de los migrantes de retorno.

Por último, muchos comunicólogos afirman que los *mass-media* difunden a escala planetaria productos culturales estandarizados de origen urbano-industrial (Thompson, 1995: 149 ss.) e integran de este modo a su auditorio en una “esfera pública transnacional” desarraigada y anónima (Gupta y Ferguson, 1992).

La región de Atlixco nos parecía constituir un laboratorio ideal para la realización de nuestro proyecto por varias razones convergentes:

- 1) la región se encuentra en promedio a sólo media hora de distancia, en automóvil, de la ciudad de Puebla, una metrópoli a la vez colonial e industrial de 1 200 000 habitantes;

¹ Concepto utilizado por algunos geógrafos de los espacios rurales (v.g., Jean Paul Diry, 1999), equivalente aproximadamente a la idea de “región funcional” a que nos referimos más adelante.

² Concepto utilizado por algunos autores (v.g., Bauer y Roux, 1976) para designar la difusión de estilos de vida y modos de consumo urbanos en las áreas rurales.

³ Esto sí aceptamos la tesis de Anthony Giddens (1990) según la cual “la modernidad es intrínsecamente globalizante” (p. 63).

- 2) se caracteriza por la densidad de una cultura rural tradicional muy representativa, intuitivamente, de las que todavía persisten en muchos lugares del centro-sur y centro-oeste de México;
- 3) posee una rica historia económica y cultural que se extiende desde la época colonial hasta nuestros días;
- 4) a raíz de la crisis agrícola y en la industria textil, se ha convertido en zona de expulsión de mano de obra;
- 5) se halla bien cubierta por una red de radiodifusoras y de canales locales y nacionales de televisión.

Esperábamos encontrar en esta región, entre muchas otras cosas, una cultura tradicional en declive por la secularización, el auge del individualismo y la pérdida de las tradiciones; comunidades en estado de desintegración por el debilitamiento de los vínculos locales; poblaciones y familias diezmadas por el drenaje de sus miembros hacia los destinos de la migración; cierto cosmopolitismo en ascenso, aunado a un nacionalismo todavía vivo por la memoria histórica y la inculcación escolar; una identidad regional débil, aunque todavía significativa y, en fin, una fuerte apertura y movilidad hacia el exterior.

El encuadre teórico

Los elementos teóricos que encuadran nuestra investigación tienen que ver principalmente con el concepto antropológico de cultura y el geográfico de región.

Por lo que toca al primero, asumimos la concepción antropológica más difundida en nuestros días que define la cultura como “pauta de significados” (Geertz, 1992:20 ss.; Thompson, 1998:183 ss.). En esta perspectiva, y en términos descriptivos, entendemos por cultura el conjunto complejo de signos, símbolos, normas, modelos, actitudes, valores y mentalidades a partir de los cuales los actores sociales confieren sentido a su entorno y construyen, entre otras cosas, su identidad colectiva. Esta definición permite distinguir dos “estados” o modos de existencia de la cultura (Bourdieu, 1979:3-6): el estado objetivado (en forma de objetos, instituciones y prácticas directamente observables), y el estado subjetivado o internalizado (en forma de representaciones sociales y *habitus* distintivos e identificadores que sirven como esquemas de percepción de la realidad y como guías de orientación de la acción). Esta distinción nos parece capital ya que postulamos que no existe cultura sin sujetos ni sujetos sin cultura. Además, resulta muy útil para los propósitos de nuestra investigación, ya que nos permitirá distinguir niveles o estratos en la cultura regional, como el “ecológico”, el etnográfico y el de los procesos identitarios vinculados con el sentimiento de pertenencia socioterritorial.

En cuanto a la región, la entendemos aquí como una de las escalas del territorio entendido como “espacio apropiado” (Raffestin, 1980; Baud *et al.*, 1997:129), que responde a la exigencia socialmente sentida de una entidad intermedia entre el espacio de la cotidianidad inmediata y los espacios más vastos de los estados y del sistema mundo. Frémont (1999) la describe en estos términos:

De una manera general, la región se presenta como un espacio intermedio, de menor extensión que la nación y el gran espacio de la civilización, pero más vasto que el espacio social de un grupo y *a fortiori*, de una localidad. Ella integra los espacios vividos y los espacios sociales confiriéndoles un *minimum* de coherencia y de especificidad que la convierten en un conjunto estructurado (la combinación regional) y la distinguen por ciertas representaciones en la percepción de los habitantes o de los extranjeros (las imágenes regionales) (p. 189).

Este mismo autor propone tres modelos o tipos-ideales principales de regiones:

- 1) las regiones “fluidas”, que corresponderían a los territorios de las poblaciones no estabilizadas, como los de los cazadores-recolectores o de los nómadas y seminómadas;
- 2) las regiones “de arraigo”, correlativas a las viejas civilizaciones campesinas;
- 3) las regiones “funcionales” enteramente dominadas por las ciudades y las grandes metrópolis.

Van Young (1992:3), a su vez, nos presenta una definición formal “apriorística” en los siguientes términos: “La región sería un espacio geográfico más extenso que una localidad, pero menor que el correspondiente a un estado-nación, cuyos límites estarían determinados [...] por el alcance efectivo de ciertos sistemas cuyas partes interactúan en mayor medida entre sí que con sistemas externos”.⁴ Van Young está pensando sobre todo en sistemas económicos, comerciales o político-administrativos, pero pudiera tratarse también de sistemas socioculturales imbricados en los primeros o superpuestos a ellos, en cuyo caso tendríamos la región sociocultural, que es la que aquí mayormente nos interesa.

En todos los casos, la región —y sobre todo la región cultural— no debe considerarse como un dato *a priori*, sino como un constructo fundado en los más diversos criterios: geográfico, económico, político-administrativo e histórico-cultural.

En cuanto a las complejas relaciones entre cultura y región, podríamos resumirlas del siguiente modo. Si asumimos el punto de vista de las formas objetivadas de la cultura, se distinguen dos casos:

- 1) Por un lado, dichas formas pueden encarnarse directamente en el paisaje regional, natural o antropizado (Demarchi, 1983:5), convirtiéndolo en símbolo metonímico de toda la región (geosímbolo),⁵ o también en signo mnemónico

⁴ “A region would be a geographic space, larger than a locality but smaller than a nation-state, with a boundary to set it off, the boundary determined [...] by the effective reach of some systems whose parts interact more with each other than with outside systems”. Van Young añade una importante precisión: “On the one hand, the boundary needs not be impermeable, nor, on the other, is it necessarily congruent with the more familiar and easily identifiable political or administrative divisions, or even with topographical features” (“Por una parte, los límites no tienen que ser impermeables; y por otra parte, tampoco tienen que corresponder necesariamente con divisiones políticas administrativas más fácilmente identificables y ni siquiera con rasgos topográficos”) (Van Young, 1992:3).

⁵ Según Bonnemaïson (1981:256), un geosímbolo se define como “un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente geográfico que por razones políticas, religiosas o culturales reviste a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que alimenta y conforta su identidad”.

que señala las huellas del pasado histórico. Ésta sería la dimensión *ecológica* de la cultura regional, que comprendería tanto los *geosímbolos* y los bienes ambientales, como los paisajes rurales, urbanos y pueblerinos, las peculiaridades del *habitat*, los monumentos, la red de caminos y brechas, los canales de riego y, en general, cualquier elemento de la naturaleza antropizada.

- 2) Por otro lado, la región puede considerarse como *área de distribución* de instituciones y prácticas culturales específicas y distintivas a partir de un centro, es decir, como *área cultural* en el sentido otrora explicado por C. Wissler (Mercier, 1971:83 ss.). Se trata siempre de formas culturales objetivadas, como son las pautas distintivas de comportamiento, los trajes regionales, las fiestas del ciclo anual y los rituales específicos del ciclo de la vida, las danzas lugareñas, la cocina regional, las formas lingüísticas o los sociolectos del lugar, etc. Como el conjunto de estos rasgos es de tipo etnográfico, podemos denominarlo *cultura etnográfica* regional (Bouchard, 1994:110-120).

Si asumimos ahora el punto de vista de las formas internalizadas de la cultura, la región puede ser apropiada subjetivamente como *objeto de representación y de apego afectivo*, sobre todo, como *símbolo de identidad* socioterritorial. En este caso, los sujetos (individuales y colectivos) interiorizan el espacio regional integrándolo a su propio sistema cultural. Con esto hemos pasado de una realidad territorial “externa”, “culturalmente marcada”, a una realidad territorial “interna” e invisible, resultante de la filtración de la primera, con la cual coexiste.

Esta dicotomía entre modos objetivos y subjetivos de apropiación simbólica de la región resulta capital para entender que la “desterritorialización” física —como la que ocurre en el caso de la migración— no implica automáticamente la “desterritorialización” en términos simbólicos y subjetivos. Se puede abandonar físicamente un territorio sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo a través de la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia. Incluso se puede ser cosmopolita de hecho, por razones de itinerancia obligada, por ejemplo, sin dejar de ser “localista de corazón” (Hanneiz, 1992:239ss.).⁶ Cuando se emigra a tierras lejanas, frecuentemente se lleva “la patria dentro”.⁷

⁶ Y viceversa. añadiríamos nosotros. Según Merton (1965), se puede ser localista de hecho, por razones de migración, de residencia y de trabajo, por ejemplo, sin dejar de ser cosmopolita de corazón. Tal sería el caso del “cosmopolita” que habita en una localidad y mantiene un mínimo de relaciones con sus habitantes, pero se preocupa sobre todo del mundo exterior, del que se siente miembro. “Habita en una localidad (Rovere), pero vive en la sociedad global” —dice Merton (1965:300).

⁷ Alusión a una canción folklórica argentina de Calchañ y César Isella, llamada *Patria adentro*, algunas de cuyas estrofas rezan así: “Yo llevo mi patria adentro / regresaré para siempre / sin pensar que estoy volviendo / porque nunca estuve ausente / [...] Yo estoy allí, nunca me fui / no he de volver ni he de partir / [...] Yo llevo mi patria adentro / en mi cerebro y mi voz / y la sangre de mis venas / va regando mi canción / Yo llevo mi patria adentro / y en cada nueva mañana / siento mi tierra encendida / en medio de las entrañas”.

La llamada “geografía de la percepción” suele ocuparse de esta dimensión subjetiva de la región que implica una referencia esencial a los procesos identitarios.⁸ En nuestra perspectiva, la *identidad regional* se deriva del sentido de pertenencia socioregional y se da cuando por lo menos una parte significativa de los habitantes de una región ha logrado incorporar a su propio sistema cultural los símbolos, valores y aspiraciones más profundos de su región. Puede definirse, con M. Bassand (1981:5), como la imagen distintiva y específica (dotada de normas, modelos, representaciones, valores, etc.) que los actores sociales de una región se forjan de sí mismos en el proceso de sus relaciones con otras regiones y colectividades. Esta imagen puede ser más o menos compleja y tener por fundamento o bien un patrimonio pasado o presente, o bien un entorno natural valorizado, o bien una historia, o bien una actividad económica específica, o bien, finalmente, una combinación de todos estos elementos.

Los dispositivos metodológicos

Los dispositivos metodológicos de la investigación derivan en buena parte de estos planteamientos teóricos. Así, para describir la región en términos geográficos y económicos, recurrimos a fuentes secundarias, es decir, a trabajos ya realizados bajo esta óptica por geógrafos y economistas. Igualmente, para reconstruir la historia económica y cultural del área considerada, recurrimos a fuentes históricas y a historias de vida destinadas a explorar la memoria colectiva de los habitantes.

Por lo que toca a la descripción de la cultura regional concebida en términos ecológicos y etnográficos, recurrimos a los métodos antropológicos habituales, como la observación participante y la aplicación de entrevistas a informantes seleccionados en las localidades elegidas como representativas y dotadas de mayor “densidad cultural”. Por eso comisionamos a antropólogos para estudiar las localidades de mayor sustrato étnico en la región de Atlixco, como los municipios de Huaquechula y Tochimilco.

Desde el punto de vista metodológico, la mayor dificultad se presenta cuando se trata de explorar el sentido de pertenencia, que define, según nosotros, la existencia o inexistencia de una identidad regional. En efecto, como la identidad no es un fenómeno directamente accesible desde la posición del observador externo, hay que procurar que los propios actores sociales exterioricen y manifiesten discursivamente su sentido de pertenencia socioterritorial. Para este fin, los antropólogos y los psicólogos sociales han elaborado diferentes métodos. En nuestro caso, y debido a la amplitud territorial de nuestro objeto de estudio, procedimos a aplicar una encuesta por cuestionario [*survey*] a una muestra aleatoria de individuos que habitan los cinco municipios que conforman la región de Atlixco. Para ello nos apoyamos en la experiencia de investigaciones similares realizadas por varias universidades del norte de Italia, en el Trentino y en otras provincias del nordeste de este país, y aplicamos en lo fundamental

⁸ Véase a este respecto el número monográfico “Geografia e percezione” de la *Rivista Geografica Italiana*. 1980, núm. 1; y también R. Geipel, M. Cesa Bianchi *et al.*, 1980.

el mismo cuestionario para facilitar la comparación internacional (Gubert *et al.*, 1992; Strassoldo y Tessarin, 1992).

LOS RESULTADOS

El valle del Atlixco como región geográfica, histórica y económica

La región del valle de Atlixco⁹ se encuentra ubicada en la parte centro-poniente del estado de Puebla, en el centro de la república mexicana.

Desde el punto de vista geográfico, podría clasificarse —si nos atenemos a las categorías de los geógrafos de finales del siglo XIX y comienzos del XX— como una *región natural*, ya que coincide con un extenso valle de 928.30 km² originado por la formación del volcán Popocatepetl.¹⁰

En general, se trata de una región bien irrigada. Tanto las aguas que se desprenden de la Sierra del Tentzo como los benéficos deshielos del Popocatepetl forman ojos de agua y por lo menos siete corrientes acuíferas importantes que irrigan gran parte del valle. Los ríos Nexapa y Atoyac son los más importantes en el área considerada. El clima varía de semicálido a cálido, con lluvias en el verano en casi toda la región. La parte más cercana al volcán presenta clima semifrío y subhúmedo.

Estas características hidrológicas y climáticas convierten el valle en un suelo fértil, con vocación idónea para la agricultura, que se practica desde la época prehispánica.

Desde el punto de vista político-administrativo, el valle de Atlixco recubre los actuales municipios de Atlixco (229.92 km² y 112 480 habitantes), Huaquechula (223.25 km² y 26 114 habitantes), Tochimilco (233.45 km² y 15 795 habitantes), Atzitzihuacán (127 km² y 11 177 habitantes) y Tianguismanalco (114.81 km² y 9 122 habitantes).¹¹ En conjunto, los cinco municipios del valle tienen una población de unos 174 000 habitantes, de los cuales más de la mitad vive en la ciudad de Atlixco y el resto se asienta, siguiendo un patrón poblacional sumamente disperso, en asentamientos de menos de 2 500 habitantes que conforman una gran variedad de localidades rurales (INEGI, 1990).

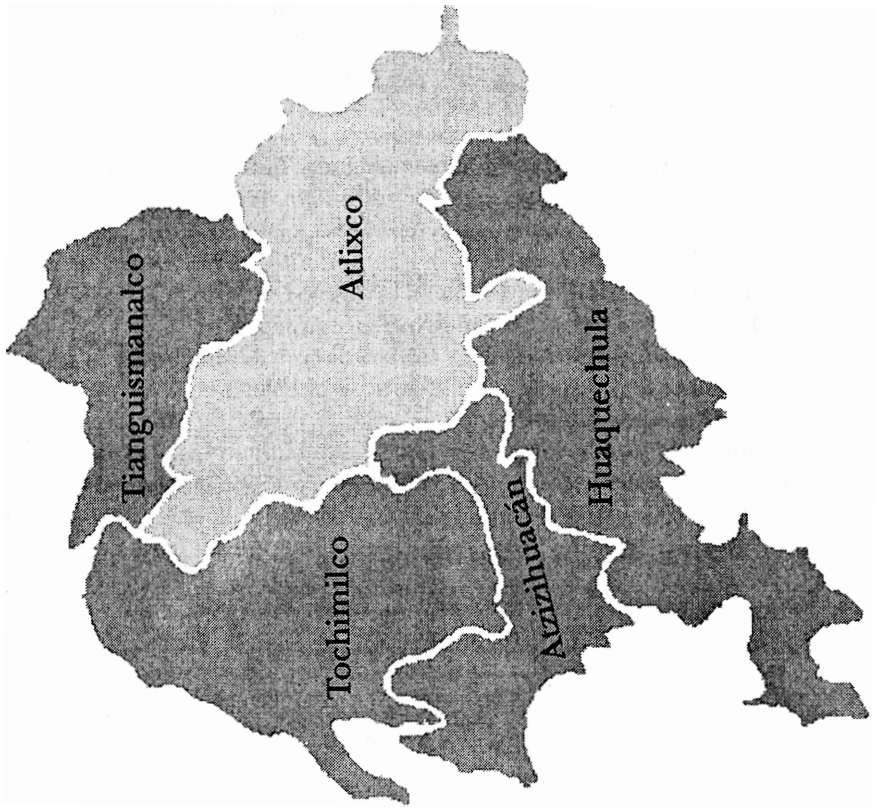
Como región económica, el valle ha ido variando de fisonomía según el tipo de producción dominante. Inicialmente predomina, por supuesto, la producción agrícola.

⁹ Para evitar confusiones en la lectura, hay que tener en cuenta la distinción entre la ciudad de Atlixco, que es la cabecera del municipio de Atlixco, el cual, a su vez, es uno de los cuatro municipios que integran la región de Atlixco. Es decir, el mismo término Atlixco denomina simultáneamente una ciudad, un municipio y una región.

¹⁰ Hay que observar, sin embargo, que existe a este respecto una controversia entre los geógrafos. Aunque Fuentes Aguilar (s.f.) y Bataillon (1969) señalan con precisión la existencia del valle de Puebla, para Garavaglia (1996) no sería una verdadera región en sentido geográfico, ya que "constituye una zona de transición entre el duro clima de la meseta poblana y la Tierra Caliente. Por supuesto, el paisaje y la vegetación reflejan ese carácter transicional" (p. 76).

¹¹ Los datos acerca de la población han sido tomados de INEGI, 1995, *Censo de población y vivienda*. Los de la superficie de cada municipio, de INEGI, 1985, *Anuario estadístico del estado de Puebla*.

Municipios de la región del valle de Atlixco (Puebla)



En la época colonial se lo consideraba “el granero de la Nueva España”.¹² En efecto, “en el siglo XVI era ésta, sin género de duda, la zona más rica y mejor cultivada de todo el país; abastecía en especial a la flota de España y exportaba trigo a La Habana y las Antillas” (Chevalier, 1975:91). La primera mitad del siglo XVIII puede considerarse como la “edad de oro” de esta región, debido a la demanda de trigo y harina en el mercado de la ciudad de México y en El Caribe. La economía estaba dominada por la producción agrícola de haciendas y ranchos, en torno a los cuales se organizaban, a modo de periferia, las explotaciones agrícolas tradicionales de los poblados indígenas.

Hacia finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se abre el ciclo de declinación y crisis de la producción agrícola no sólo en la región considerada, sino en toda la provincia mexicana.¹³ Éste es el momento en que se introduce en Puebla y Atlixco, un poco como alternativa a la profunda recesión económica, la industria textil, que va a provocar un cambio decisivo en la estructura urbana y económica de la región. Puebla y Atlixco dejan de ser considerados como el granero de México para convertirse gradualmente en una importante región industrial. La producción dominante es ahora la industrial, principalmente en su rama textil, y es ella la que de ahora en adelante ordena en torno a sí toda la economía y el comercio regional. Es la época en que la región de Atlixco se convierte en polo de atracción de considerables flujos migratorios procedentes de diferentes estados del país, y en asiento de un importante movimiento obrero y sindical.¹⁴

Esta nueva conformación de la región económica padeció, por supuesto, altibajos, sobre todo durante el paréntesis de la Revolución mexicana, que introdujo dos novedades radicales en la organización de la producción agrícola en la región: el reparto de tierras (a costa de las haciendas) y la nueva figura del ejido (agrarismo). Si la memoria de la Revolución mexicana todavía perdura en algún grado entre los campesinos de la región es precisamente bajo el aspecto de la repartición de tierras.¹⁵

¹² El valle de Atlixco fue el primer lugar de la Nueva España donde los conquistadores se convirtieron en labradores y aplicaron técnicas agrícolas europeas, uso intensivo de irrigación y mano de obra indígena. Según Pérez Quitt (1991:27), su magnífica ubicación y condiciones climáticas permitieron cultivar vides, higueras, olivos, membrillos, granadas, manzanos y naranjos, a los que se agregó la morera (para gusanos de seda) y el cultivo intensivo del trigo.

¹³ Las causas han sido imputadas a la pérdida de los mercados y, sobre todo, a las turbulencias de la época de la Independencia.

¹⁴ Es interesante observar que el auge industrial propició el surgimiento de una de las agrupaciones sindicales más importantes en toda la república: la Confederación Revolucionaria de Obreros Mexicanos (CROM). Desde su fundación en 1918 y su constitución legal en 1923 en Atlixco, la CROM se convirtió en escenario de cruentas luchas internas y con otras organizaciones, como la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), de manera que tuvo que intervenir para su pacificación el presidente Lázaro Cárdenas. La unificación de las organizaciones sindicales en Atlixco se logró en 1948, año en que la CROM se convirtió en sindicato hegemónico.

¹⁵ Estos vaivenes de la historia económica de la región se reflejan muy bien en la memoria de los pobladores más viejos, quienes recuerdan haber pasado de ser peones de hacienda a ser ejidatarios con la Revolución mexicana; y luego a convertirse en obreros de las fábricas textiles. Pero a raíz de la crisis total de la industria textil en los años sesenta, los que todavía pudieron reclamar un pedazo de tierra retornaron a sus pueblos y los que no, se convirtieron en migrantes.

A partir de los años sesenta se inició el irreversible ciclo de decadencia de la industria textil que perdura hasta nuestros días.¹⁶ La consecuencia obvia fue el retorno masivo a la agricultura de subsistencia y la inversión de signo del flujo migratorio: de polo de atracción de mano de obra de otros estados de la federación, la región se convirtió en zona de expulsión de población económicamente activa hacia el centro del país y hacia Estados Unidos.

En la actualidad, la economía regional se basa fundamentalmente en la agricultura (las más de las veces de subsistencia), con excepción de la ciudad de Atlixco, que presenta una estructura económica diversificada. El sector terciario ha tenido en los últimos años un fuerte crecimiento, sobre todo a partir de la década de los setenta. Este crecimiento se ha concentrado principalmente en el comercio al detalle.

Resulta sumamente interesante advertir que la mayor parte del intercambio agrícola se realiza en el mercado de la ciudad de Atlixco, que es de tipo semanal. A este mercado acude, según lo reporta nuestra encuesta, más de 90% de la población. Se trata del segundo mercado en importancia en todo el estado de Puebla (el primero es el de Tepeaca) y congrega a más de cinco mil comerciantes, muchos de ellos dedicados al mayoreo. Los productos que allí se ofrecen son muy variados: granos, legumbres, flores, todo tipo de ropa y zapatos, aperos de labranza, abarrotes, jarcería, etcétera.¹⁷

La centralidad y el área de atracción e influencia de este mercado permiten definir claramente el valle de Atlixco como una región económica

El valle de Atlixco como región sociocultural

No se requiere ser antropólogo, sino sólo un turista atento, para percatarse de que el valle de Atlixco constituye también una región sociocultural relativamente homogénea, en el sentido ecológico y etnográfico del término.

Para comenzar con la dimensión ecológica de la cultura, el valle está marcado por numerosos geosímbolos y cuenta con un patrimonio ambiental definido: el imponente volcán Popocatepetl y la sierra del Tenzo como geosímbolos de referencia permanente para los habitantes del lugar, el paisaje irrigado por afluentes y brazos de los ríos Catarranas y Nexapa, numerosos manantiales, acequias y pozos que figuran como lugares reverenciados, las áreas de cultivo bien definidas desde la época colonial, la red de caminos rurales que delimita y comunica a los diversos pueblos entre sí.

Encontramos, además, un abundante patrimonio arquitectónico que nos habla de las diferentes etapas de la vida económica y social en el valle: ex conventos franciscanos y una profusión de iglesias en cada una de las comunidades, con sus santos patronos

¹⁶ Entre los factores que contribuyeron a esta decadencia suelen señalarse los siguientes: el descenso de la demanda externa al término de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea; la falta de reinversión en maquinarias y tecnologías de punta; las turbulencias sindicales, y la introducción de fibras sintéticas.

¹⁷ Nuestro equipo de investigación, conformado por 20 pasantes y licenciados en antropología, comunicación y sociología de tres universidades de Puebla, realizó un detenido trabajo de campo en este mercado. Los resultados fueron sistematizados por el licenciado Luis Fernando Gutiérrez.

particulares, viejos cascos de hacienda, ruinosas plantas textiles con sus zonas de habitación obrera y construcciones recientes en colonias periféricas, entre muchos otros elementos.

Según los resultados de nuestra encuesta, los habitantes jerarquizan a su modo estos elementos de su entorno ecológico valorizado. A la pregunta: “En la zona donde usted vive, ¿cuáles son los sitios [...] más importantes, bien conocidos por todos y muy típicos?”, responden en primer lugar (36.8%) sitios y monumentos religiosos (iglesias, conventos...) y en segundo lugar (25%), sitios naturales (como ramales de ríos, yacimientos de agua, varios cerros, zonas boscosas y las enormes barrancas que descienden del Popocatepetl).

Desde el punto de vista de la cultura que hemos llamado etnográfica, el valle de Atlixco conserva todavía algunas costumbres y rituales prehispánicos —dentro de los cuales se destaca la lengua náhuatl fuertemente vinculada a los ritos del matrimonio, la institución del padrinzago y del compadrazgo (Muñoz Cruz y Podestá Siri, 1994)—, así como otros ritos relacionados con la continua renovación del sistema de cargos y las mayordomías.

También encontramos elementos vestimentarios característicos de los pueblos campesinos del centro del país, bordados autóctonos —que se aplican a prendas de uso diario celosamente escondidas bajo la vestimenta urbana— y una cultura alimentaria propia que aprovecha semillas y especias locales en alimentos como el guasmole de huaje, los chapulines asados, el mole de cacahuete, los tlatlaoyos, la salsa de tomate verde, la carne salada, las tortillas de maíz azul y rojo, el pinole, las tostadas, el dulce de pepita y otros más.

La celebración del Día de Muertos, que es común en todo México, presenta variantes muy interesantes en la región y constituye un verdadero atractivo turístico en algunas comunidades como Huaquechula (Lemus, 1998; Vargas, 2000).

El arraigo del catolicismo popular, producto de la evangelización misionera, constituye un elemento fundamental en la cultura regional, ya que integra, en una síntesis dinámica y articulada, la visión indígena y la española (Maurer Ávalos, 1999). El catolicismo popular gira en torno al culto del santo patrono y éste, a su vez, constituye el corazón de las fiestas pueblerinas en toda la región.¹⁸

En el valle también registramos actividades festivas de carácter declaradamente regional. En esta perspectiva, la fiesta más importante, que incluso ha llegado a tener resonancia estatal y nacional, es la llamada Atlixcáyotl, que se celebra anualmente el último domingo del mes de septiembre en la Plaza de la Danza del cerro de San Miguel, en la ciudad de Atlixco. En esta fiesta convergen diversas comunidades campesinas

¹⁸ Durante el trabajo de campo pudimos comprobar fácilmente el papel central del santo patrono en las prácticas religiosas campesinas. Las imágenes continúan siendo veneradas aun por la población más joven. Frecuentemente los familiares de los emigrados prenden en la capa de las imágenes los primeros billetes de dólar ganados por ellos allende la frontera, en lugar de los exvotos tradicionales. Antes de su partida, los migrantes mandan celebrar una misa en honor del santo patrono en la que prometen enviar recursos para la construcción del templo y la realización de la fiesta.

del estado de Puebla y cada una de ellas aporta su indumentaria característica, su música y sus danzas tradicionales.¹⁹

El sentido de pertenencia socioterritorial

Hasta ahora parece claro que el valle de Atlixco representa una región sociocultural relativamente homogénea, en la medida en que constituye un espacio de inscripción de formas objetivadas de la cultura, muy semejantes o complementarias entre sí y accesibles desde el punto de vista de la observación externa. Pero ¿se puede afirmar que también sus habitantes lo perciben y lo viven así? En otras palabras, ¿se puede inferir de lo dicho que el valle constituye una región culturalmente unificada también desde el punto de vista de la percepción, del apego afectivo y del sentido de pertenencia de sus habitantes? ¿Existe en el área considerada un verdadero sentido de identidad regional?

Nosotros partimos del supuesto de que puede existir una cultura regional en “estado objetivado”, es decir, en sentido ecológico y etnográfico, sin que exista la percepción subjetiva de una identidad regional. En efecto, numerosos antropólogos han comprobado que rasgos culturales que parecen muy semejantes e incluso idénticos a los ojos del observador externo, son percibidos como muy diferentes y hasta discriminantes por parte de los actores locales (Barth, 1976:15; Figueroa, 1994:221; Cuche, 1996:87).

Por lo que toca a la región, algunos autores incluso dudan de que tenga sentido hablar de una identidad regional, por tratarse, según ellos, de una realidad geográfica abstracta, inaccesible a la experiencia directa y, por lo tanto, a la afectividad humana.²⁰ En todo caso, la existencia de dicha identidad debe comprobarse y no presumirse *a priori*. Y como la identidad no es directamente observable, su comprobación pasa obligadamente por los métodos interrogativos diseñados para obtener de modo sistemático la narración de los propios sujetos a este respecto (Abric, 1994:59ss.).

Es esto precisamente lo que hemos intentado mediante la aplicación de un amplio cuestionario [*survey*] a una muestra aleatoria de la población, estratificada según varia-

¹⁹ El antropólogo Raymond Stage Noël ha trabajado desde inicios de los años sesenta para rescatar las danzas y el folklore regional. Se le reconoce como el fundador y el promotor de esta fiesta, que se viene celebrando desde hace 35 años y cuyo nombre completo en náhuatl es *Huey Atlixcoyotonth*, que significa “fiesta grande, esencia, estilo y costumbre de Atlixco”. Según el citado antropólogo, la fiesta en cuestión ha perdido su propósito inicial y hoy es controlada por la Secretaría de Cultura del estado de Puebla con fines de promoción turística. No obstante, la fiesta continúa teniendo una gran capacidad de convocatoria, como lo manifiesta, entre otras cosas, la gran cantidad de peregrinos que visitan la iglesia de San Miguel el mismo día de su celebración.

²⁰ Dice a este respecto Eric van Young (1992:9-10): “Localidades y naciones, etnicidades, familias, tribus y grupos incorporados: todos éstos existen como sujetos y como marcadores de una identidad consciente entre la gente, pero no las regiones [...] Se puede sentir lealtad hacia un paisaje, determinadas aldeas, estructuras de autoridad e incluso ciertas ideas, pero resulta poco verosímil que se sienta lealtad hacia sistemas y abstracciones despersonalizadas. ¿Quién puede ser leal a una región salvo, quizás, algún geógrafo? ¿Quién puede llorar por ella, celebrarla poéticamente o estar dispuesto a morir por ella?”

bles determinadas.²¹ El objetivo fue explorar y, dentro de lo posible, medir la amplitud, las motivaciones y la intensidad de la vinculación territorial de los habitantes del valle, bajo el supuesto de que esta vinculación no es meramente “ecológica”,²² sino que está mediada por la integración social y la pertenencia a un determinado colectivo sociocultural.²³ Esta integración y sentido de pertenencia son las categorías que definen, según nosotros, la identidad colectiva de un grupo (Giménez, 1997:13ss.).

Partimos de la hipótesis de que la escolarización, la polarización urbana, la fluidez territorial, la experiencia migratoria y la exposición a los *media* influyen profundamente sobre la amplitud y las dimensiones del apego socioterritorial a través de variables “intermediarias”, como el perfil psicocultural y la participación social de la población considerada.

Lo que sigue es un apretado resumen de algunos de los resultados obtenidos en esta última fase de la investigación.

ANÁLISIS DESCRIPTIVO: CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA POBLACIÓN MUESTRAL

La muestra estuvo conformada, en total, por 763 individuos, de los cuales 386 eran mujeres (50.6%) y 377 varones (49.4%).

Esta población muestral vive en cabeceras y pueblos dispersos, la mayoría de ellos apenas integrados a los circuitos del comercio moderno y con deficiente infraestructura. Con excepción del tramo Puebla-Atlixco-Izúcar de Matamoros, la mayor parte de las poblaciones está mediocrementemente comunicada mediante carreteras de terracería, aunque cuenta con una buena red telefónica conectada a aparatos públicos (casetas) para servicios de larga distancia. Con sus iglesias y ex conventos, los pueblos y particularmente las cabeceras municipales destilan reminiscencias coloniales y sus reticulados se ordenan en torno a la plaza, espacio de sociabilidad por excelencia en todo México, asociado a la política, la religión, el flirteo amoroso, el mercado semanal (“día de plaza”), la gastronomía popular y la fiesta.

La escolaridad de la población entrevistada no está muy por debajo de la media nacional, ya que 85.3% de los entrevistados declara saber leer y escribir en español, 62%

²¹ La población muestral quedó conformada por un total de 31 localidades y 32 551 habitantes. Calculando 2% de esta cantidad, obtuvimos un total de 651 encuestas por aplicar. La encuesta fue realizada en el último trimestre de 1998 y en ella participaron 23 estudiantes de ciencias sociales.

²² El término tiene aquí el sentido técnico que le ha conferido, entre otros, Gabriele Pollini (1990). En efecto, apoyándose en Parsons y algunos teóricos de la ecología humana, este autor distingue diversos grados de involucramiento de los organismos individuales en un colectivo territorializado: la mera localización territorial, la participación ecológica (que implica relaciones simbióticas entre los organismos), la pertenencia social y la conformidad normativa. Sólo los dos últimos niveles tendrían una dimensión simbólico-cultural, mientras que los dos primeros carecerían de ella, manteniéndose en un plano meramente ecológico (pp. 186ss). Véase también, a este respecto, Giménez, 2000:30ss.

²³ “De modo general, en sociología se tiende a considerar el territorio no como objeto directo de apego (afección, identificación, pertenencia), sino como símbolo y mediador de la pertenencia social. Nos sentimos ligados (o pertenecientes) no al territorio en sí mismo, sino en cuanto lo habita el grupo que es objeto real de ese sentimiento; en cuanto lo compartimos con nuestros seres queridos y nuestros semejantes; en cuanto es la representación simbólica del grupo” (Strassoldo y Tessarin, 1992:39).

tiene primaria (completa o incompleta), 13.2% ha concluido la secundaria y apenas 2.4% la preparatoria. En el curso de las entrevistas, sólo hemos encontrado doce universitarios, lo que representa 1.6% de la muestra.

Por lo que toca a su estado civil, hemos comprobado un porcentaje muy alto de casados (55.3% frente a 29% de solteros), lo que se explica por el hecho de que en las áreas rurales de México la gente contrae matrimonio a edad muy temprana.

El dato anterior nos remite a la estructura familiar, que se caracteriza por el predominio del modelo de familia numerosa (cada familia cuenta en promedio con 6.22 miembros, en su mayoría muy jóvenes) y por el relativo equilibrio entre el tipo de familia nuclear (55%) y el de la familia extensa (43.8%).²⁴

Merece especial atención el modo de producción predominante. Pudimos comprobar que, con excepción del municipio de Atlixco (que cuenta con una estructura económica más diversificada), prevalece abrumadoramente la agricultura de subsistencia minifundista basada en paleotecnología, en gran parte heredada del agrarismo revolucionario (reparto de tierras) y vinculada a la explotación familiar de parcelas.

En efecto, según los resultados de nuestra encuesta, 42.7% de los entrevistados labora en el sector primario como campesinos, jornaleros o medieros. Y si se toma en cuenta que en la mayoría de los casos las mujeres que dicen dedicarse a labores de hogar, y aun los estudiantes, participan de manera complementaria en las labores del campo, el porcentaje asciende a 46.9%. Sólo 12% declara estar adscrito al sector servicios.

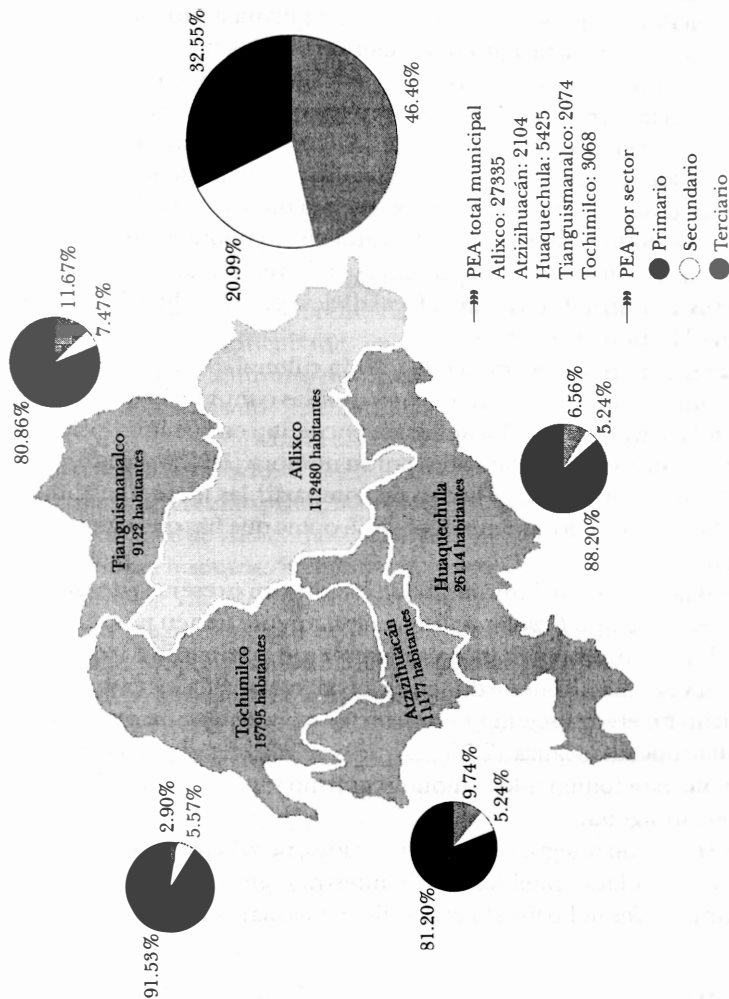
Por otro lado, la inmensa mayoría declara ser propietaria de su casa (89.7%) y de su parcela (65.8%). A esto debe añadirse que 41.3% de las tierras de cultivo cuenta con alguna forma de riego, lo cual es considerablemente elevado en relación con la media estatal que apenas alcanza 10%. Por último, en 98% de los casos, el terreno de cultivo se localiza en el mismo municipio donde vive el entrevistado, aunque generalmente se encuentra dividido en parcelas dispersas. Todos estos datos deben tomarse muy en cuenta a la hora de explicar el profundo apego de los campesinos a su territorio local y regional.

Llama la atención la fuerte integración cultural y la consiguiente participación social de los habitantes del valle a escala de sus respectivas localidades, y no tanto a escala regional, ya que la mayoría piensa que hay gran diferencia entre su pueblo y las poblaciones vecinas en cuanto a ideas, forma de ser y tradiciones. Pero debe advertirse de inmediato que tanto la integración como la participación tienden a manifestarse casi exclusivamente en la esfera religiosa, y no tanto en la secular.

En efecto, la presencia del catolicismo popular en la organización social comunitaria es incuestionable. Más de dos terceras partes (74.0%) de los entrevistados se declaran

²⁴ Sin embargo, hay que hacer a este respecto dos consideraciones: a) en muchos casos, los que hablan de familia nuclear tienen su casa habitación dentro de la propiedad de la familia extensa; y b) según algunos antropólogos, no es el hecho de vivir bajo el mismo techo lo que define a una familia extensa, sino las redes de correspondencia efectiva entre sus miembros (*v.g.*, las mujeres preparan juntas el mole para el día de fiesta, muelen juntas el nixtamal para las tortillas o van a recoger leña...). Es decir, la definición de familia pasa por una serie de lazos y reciprocidades que se manifiestan en el ámbito sociocultural, más que en el demográfico-económico, el único registrado en censos y encuestas.

Municipios de la región del valle de Atlixco (Puebla)
 Población Económicamente Activa (PEA) por sector productivo, 1990



practicantes, es decir, afirman asistir regularmente a fiestas y celebraciones religiosas. Y 90.4% de ellos manifiesta que asiste principalmente a fiestas religiosas, siendo mucho menor el porcentaje de los que dicen participar también en fiestas civiles o puramente sociales.

Estos datos ponen de manifiesto la centralidad de la fiesta y muy particularmente de la fiesta patronal en los pueblos de la región como vehículo de integración cultural. Las fiestas patronales suelen ser abiertas, ya que se invita a toda la población de los pueblos vecinos no sólo a participar en las celebraciones, sino también, muy bajtinianamente, en el “banquete popular” (Bajtín, 1993:250). En efecto, durante la fiesta la cocina suele estar activa desde muy temprano, preparando una gran variedad de sabores locales que se ofrecerá a todos los presentes. Además, se organiza un concurso entre bandas de música locales y se cierra la fiesta con un gran baile generalmente amenizado por conjuntos musicales que actúan en vivo en la plaza central.²⁵

En contraste con todo este esplendor del catolicismo popular, las denominaciones protestantes tienen hasta hoy escasa presencia en la región, aunque ya cuentan con pequeños grupos de avanzada en algunas localidades como San Juan Tejupa, San Antonio Nopalocan y Mártir de Chinameca.

Otros indicadores importantes de la integración cultural son la percepción por parte de los entrevistados de las comunidades como unidas o muy unidas (61.1%), el señalamiento de que la mayor parte de los amigos se encuentra en la misma localidad (85%), el elevado número de personas conocidas por su nombre (50.7% dice conocer a todas las personas de su comunidad), el hecho de compartir las ideas y costumbres de su grupo (más de 80%) y el conformismo social (80% opina que hay que comportarse como la gente espera).

Todos estos datos nos están indicando que estamos en presencia de “sociedades de interconocimiento” de tipo *Gemeinschaft*, que ciertamente tienen por sustrato una cultura étnica náhuatl consciente o inconscientemente compartida (sobre todo en la subregión de los volcanes), aunque disociada, en la mayoría de los casos, de su componente lingüístico. En efecto, según nuestra encuesta, la población que reporta hablar la lengua náhuatl apenas alcanza 12.7%, lo que revela la eficacia de las políticas públicas educativas que han fomentado el monolingüismo y han contribuido a la desvalorización social del indígena.

La cultura y la religión integran a las comunidades, pero la política tiende a dividir las. De hecho, las comunidades pueblerinas de nuestra región están repartidas entre los tres partidos principales del país: el Partido Revolucionario Institucional (PRI), consi-

²⁵ Existen en México numerosos trabajos antropológicos en los que se resalta la importancia del ciclo festivo para la actualización de las relaciones simbólicas con la comunidad de los vivos y de los muertos, para el reforzamiento de las lealtades y para el reconocimiento de los miembros de la comunidad frente a los extraños. La institución de la fiesta continúa teniendo una enorme importancia para la vida del México rural tradicional, y debe señalarse que no se rige por el calendario cívico o económico, sino por una cosmovisión en la que se entrelazan aspectos religiosos (santo patrono), comunitarios (sistema de cargos) y naturales (ciclos agrícolas) que juegan un papel fundamental en el sustento de la vida material y simbólica de las poblaciones.

derado de centro; el Partido Acción Nacional (PAN), de centro-derecha, y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), de centro-izquierda. Las elecciones del 2 de julio de 2000 revelaron un desplazamiento significativo de las preferencias electorales: el PRI perdió su hegemonía tradicional en la región en beneficio del PAN (que triunfó en Atlixco) y del PRD (que triunfó en Huaquechula).

Pero lo que llama poderosamente la atención es el apoliticismo generalizado que parece caracterizar a la región. En efecto, nuestro cuestionario incluía una pregunta sobre el grado de interés en participar en algún partido político, sin especificar más. Pues bien, 88.1% de los interrogados manifestó no estar interesado en ello en absoluto; 6.0% afirmó estar interesado y sólo 5.9% se reconoció como miembro activo de algún partido político.

Este bajísimo interés en la participación política se relaciona seguramente con la imagen negativa que percibe la población de la profesión del “político” o del “líder”, casi siempre asociada con situaciones de extorsión y manipulación. Lo que se confirma con el altísimo porcentaje de aprobación que obtuvo el reactivo: “Los partidos políticos se pasan la vida discutiendo sobre los problemas en lugar de resolverlos”.

Hemos tenido algunas dificultades en la aplicación de las preguntas destinadas a detectar los rasgos psicoculturales de los entrevistados, particularmente su grado de individualismo, de “familismo” y de conformismo social, debido a las connotaciones particulares que tiene en México la batería de enunciados-estímulo contenidos en el cuestionario italiano adoptado.

De todos modos, creemos que las respuestas obtenidas contribuyen a matizar significativamente el tipo de solidaridad y de integración cultural que habíamos encontrado en primera instancia. En efecto, podemos afirmar que el perfil psicocultural de nuestra muestra se caracteriza en altísimo grado (en más de 80%) no por el individualismo de tipo urbano, sino por lo que podríamos llamar “solidaridad jerarquizada” (los de casa primero), por el autoritarismo intrafamiliar propio de las culturas campesinas tradicionales (jerarquía de las figuras parentales), por el familismo entendido como lealtad al núcleo familiar y a las redes de parentesco, por el apoliticismo como forma de resistencia al control de los gobiernos locales, por la desconfianza hacia los “fuereños” y, finalmente, por el conformismo comunitario (primado de las costumbres locales sobre las normas del Estado). El único rasgo indefinido es el que se relaciona con el reactivo: “resulta tonto añorar tiempos pasados”, ya que las reacciones a favor y en contra se dividen por la mitad. Lo que es congruente con la percepción que tienen los entrevistados del cambio modernizador en los últimos 20 años y su evaluación positiva también en 50% de los casos.

De acuerdo con nuestra hipótesis, la relación y el balance entre estabilidad y movilidad espacial de la población influyen de modo decisivo sobre su sentimiento de pertenencia socioterritorial. Se supone que cuanto más ha viajado el sujeto y conocido lugares diferentes del suyo, tanto más amplio será su horizonte cognitivo y, en consecuencia, también la amplitud y variedad de niveles de su vínculo territorial (Strassoldo y Tessarin, 1992:94).

Sorprende de entrada la amplísima autoctonía y estabilidad de los pobladores de la región: 83.5% de los entrevistados vive en la misma localidad donde nació y 91% en el mismo municipio de origen. Y por si fuera poco, 85.2% vive en la misma localidad donde nació su madre y 86.5% en la misma localidad donde nació su padre. Para remachar aún más, 94.5% de los entrevistados trabaja en el mismo municipio donde vive. Es decir, existe un alto grado de coincidencia entre el lugar de nacimiento de los padres, el de los propios entrevistados y el de su trabajo actual. Diríamos, en conclusión, que nos encontramos con una población autóctona que continúa firmemente aferrada a su territorio desde tiempos inmemoriales y resiste los embates de las crisis cíclicas y de las poderosas fuerzas expulsoras que la incitan a emigrar.

En contrapartida, sólo 31.6% de los entrevistados afirma haber vivido en otro sitio, mayoritariamente en el área conurbada de la ciudad de México (30.3%), en segundo lugar en la ciudad de Puebla u otro municipio de la región (17.2%), y por último en el área Nueva York-Nueva Jersey (11%).

La migración internacional es todavía muy reciente en el valle de Atlixco. Sin embargo, su peso es ya considerable y sus efectos comienzan a sentirse cada vez más desde el punto de vista económico y cultural: 66.2% de la población entrevistada asegura contar al menos con un familiar en Estados Unidos. La mayor parte de ellos estaría radicando en Nueva York (69.5%), luego en Los Ángeles (9.7%) y finalmente en Nueva Jersey (7.1%). Tres cuartas partes de los migrantes están compuestas por varones en edad productiva (entre los 16 y los 35 años) que parecen haber sido seleccionados a propósito entre los más escolarizados.

La migración internacional se realiza casi siempre bajo la perspectiva del retorno; la permanencia en el extranjero dura en promedio entre uno y cuatro años y el motivo fundamental de la partida es la necesidad económica. Durante el trabajo de campo hemos escuchado con frecuencia una expresión paradójica: "hay que salir para poder permanecer aquí".

Es importante señalar la permanente comunicación que los emigrados mantienen desde el extranjero con sus respectivas familias (93.5%), principalmente a través del teléfono (40.9%). Además, una buena parte de ellos contribuye mediante el envío de remesas de dinero no sólo al sustento familiar (93.5%) sino también al esplendor de la fiesta patronal y a mejoras de infraestructura en el pueblo. Por eso sus nombres son voceados a través de los altavoces durante las fiestas y son considerados como hijos presentes/ausentes del pueblo.

Una mirada gruesa a los movimientos pendulares tiene que ver con los motivos y la frecuencia de las salidas: por estudio o trabajo (32.8%), por visitas a parientes (64.1%), y por compras (92.5%). El movimiento pendular debido a estudio o trabajo abarca a una tercera parte de la población, lo que no es despreciable. Sin embargo, las salidas para abastecerse de artículos de vestido, alimentación, ornato, instrumentos de labranza, entre otros, abarca casi la totalidad de la población. Ello nos da un primer indicio de integración regional, en su dimensión ecológica y económica.

La ciudad de Atlixco ocupa el primer lugar en cuanto polo de desplazamiento por motivos de compras (82.3%) y de estudio o trabajo (15.4%). El segundo polo de im-

portancia es la capital estatal, a donde la gente se desplaza en primer lugar por motivos de estudio o trabajo (8.5%), en segundo lugar por visitas a parientes (12.5%) y en último lugar por razones de compra (1.6%). Estos datos permiten ver con toda claridad las diversas funciones que estas dos ciudades desempeñan para la región. La ciudad de Atlixco es mucho más importante que la ciudad de Puebla desde el punto de vista del intercambio de productos agropecuarios. Sin embargo, la ciudad de Puebla ofrece otro tipo de servicios: educación y empleo.

Según nuestra hipótesis, la exposición a los *media* constituiría uno de los canales de modernización que, junto con la movilidad espacial, influiría de modo determinante sobre la amplitud y el nivel de pertenencia socioterritorial.

Hemos podido documentar el acceso generalizado a la radio y a la televisión. Más de 80% de las familias cuenta con aparatos receptores, y no con otras tecnologías de comunicación, como videograbadoras y cámaras de video, cuyo uso se restringe a muy pocas familias. Se puede concluir, entonces, que la relación de las poblaciones de la región con los *mass-media* es bastante amplia. Sin embargo, no existe una cultura informativa relacionada específicamente con los medios impresos, como periódicos y revistas. Si en el contexto nacional, menos de 10% de la población lee los diarios y periódicos; en el contexto rural este porcentaje es menor que la unidad.

Hemos podido comprobar también la importancia decisiva del momento de la recepción²⁶ de los contenidos mediáticos. Por un lado, existe cierta selectividad de las estaciones y de los programas en función de los intereses y de las realidades locales; y por otro, es patente la filtración de los contenidos a través de códigos de la cultura popular tradicional, como lo demuestran la preferencia abrumadora por la música ranchera y “gruperá” (el auditorio del rock es insignificante), la confusión entre el género “noticias” y la nota roja, el gusto por los espectáculos agonísticos (lucha libre, boxeo, etc.) y la adicción al melodrama (telenovelas, películas mexicanas clásicas, etcétera).

La cultura de la información a través de los *media* es prácticamente inexistente. Los que afirman haberse enterado de las noticias locales a través de la comunicación intrafamiliar, de la que se da entre compañeros de trabajo y de la que se produce en la iglesia y en la escuela, alcanzan 56.1% de la muestra.

Debido a lo anterior, difícilmente podemos aceptar que los *media* representen una variable importante para explicar la modernización y las características de la vinculación territorial, y mucho menos que desempeñen el papel de *agenda setting* en los pueblos de la región. Lo que sí podemos adelantar desde ahora es el uso localista de la radio y la televisión, así como también de las nuevas tecnologías de comunicación en las pocas familias que las poseen.²⁷

²⁶ Lo que viene a confirmar una de las tesis sostenidas por Paul B. Thompson en su libro *The Media and Modernity* (1995:149ss.) donde contradice la afirmación de que los *media* están provocando la estandarización de la cultura a nivel mundial.

²⁷ En nuestro trabajo de campo encontramos modalidades muy peculiares de uso de las nuevas tecnologías de comunicación. Así, por ejemplo, los lugareños graban videos de bodas, entierros, fiestas patronales y otros eventos comunitarios para enviárselos a los familiares emigrados a Nueva York. Incluso

¿Existe una polarización urbana?

Finalmente, la cercanía de la región de Atlixco con la ciudad de Puebla, con cuyo municipio colinda, nos hacía presumir una fuerte polarización urbana ejercida por parte de esta última sobre la primera.

La ciudad de Puebla es una antigua ciudad colonial que en el pasado pretendió rivalizar con la ciudad de México. Fundada entre los poblados indígenas de Tlaxcala y Cholula, recibió el título de ciudad en 1532. Su situación sobre la ruta que unía a México con Veracruz la convirtió en centro del comercio entre la metrópoli y su colonia.

Al igual que Cuernavaca, Puebla se ha convertido en sede de importantes empresas transnacionales, como la Volkswagen, entre otras muchas, gracias a la política de desconcentración industrial operada en el pasado por el gobierno federal. De rivales que eran, México y Puebla se han convertido en la actualidad en ciudades económicamente complementarias.²⁸ En efecto, la proximidad de una ciudad mundial como México permite a las empresas establecidas en Puebla disponer del mayor mercado del país y aprovechar considerables ventajas fiscales. Esto quiere decir que a través de su conexión con la ciudad de México, Puebla ha entrado a formar parte, con sus más de 1 200 000 habitantes, del sistema de grandes aglomeraciones urbanas del país insertas en las redes de la globalización.

Bajo estas condiciones, y dada la colindancia y la relativa facilidad de las comunicaciones en toda el área, se podía suponer que el valle de Atlixco, en su totalidad, no iba a sustraerse a la esfera de influencia de la metrópoli poblana y se convertiría, al menos, en su corona periférica rural.

Pero la observación de campo revela que no ha sido así. El proceso de periurbanización alrededor de la ciudad de Puebla se ha producido de modo selectivo e irregular, con la guía de las vías más importantes de comunicación, como la autopista México-Veracruz que la atraviesa, el tramo que la une con la ciudad de Atlixco y la recta que conduce a Cholula. Por eso sólo un área reducida del municipio de Atlixco, la llamada subregión de los solares, ha sido efectivamente integrada al mercado poblano y puede considerarse realmente como su periferia rural. Es precisamente aquí donde se han edificado conjuntos habitacionales de descanso para los habitantes de la ciudad de Puebla, lo que ha venido a generar importantes demandas de servicios y productos agrícolas. Y es también aquí donde se ha desarrollado una horticultura intensiva que provee legumbres, frutas y flores al mercado de la misma ciudad. Por lo que toca al resto de la región, resulta imperceptible la influencia globalizante de la polarización

hemos conocido casos de madres que graban consejos en *cassette* para sus hijos ausentes. Y éstos, a su vez, graban videos de fiestas de 15 años, de celebraciones a la Virgen de Guadalupe y hasta de partidos de futbol entre paisanos para enviarlos a sus familiares en Atlixco.

²⁸ De hecho, los parques industriales de Puebla —como lo demuestra su proximidad a la autopista principal— funcionan como anexos del Distrito Federal. En la mayor parte de los casos, funcionan como enclaves en una zona mal integrada a la vida local. Así, los cuadros habitan ciertamente en Puebla, pero sus empresas se relacionan más con las ciudades de México o de Monterrey que con las ciudades más cercanas del estado de Puebla, como Cholula o Atlixco.

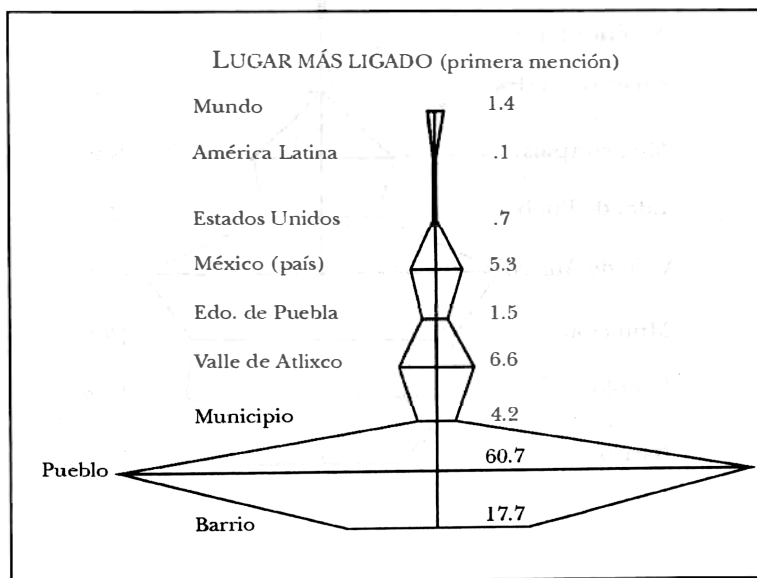
metropolitana, a no ser por la omnipresencia de la Coca-Cola, de la cerveza Modelo y de los “chips” que se expenden en las tiendas de abarrotes de los pueblos. Sólo es reconocible, como se ha visto, la centralidad de la ciudad de Atlixco, que no es una metrópoli, sino una pequeña ciudad-mercado de fuertes características rurales, que funge como centro de intercambio regional de productos agrícolas.

El vínculo socioterritorial

El objetivo central de nuestra investigación era explorar la amplitud, los niveles y la intensidad del apego socioterritorial, considerado por nosotros como indicador del sentido de pertenencia y, por ende, de la identidad regional. Nuestro cuestionario trataba de controlar con especial cuidado esta variable, por lo que le dedicó una batería de preguntas formuladas de diferentes maneras y en distintos momentos. El resultado puede resumirse como sigue:

A la pregunta: “Si tuviera que escoger dónde vivir, ¿qué lugar preferiría?”, 85% de los entrevistados responde que en la misma localidad donde vive. Nuestros encuestadores repitieron esta pregunta varias veces y de muy diferentes maneras, pero la respuesta siempre era la misma en un porcentaje siempre mayor a 80 por ciento.

Y a la pregunta cerrada que les proponía diferentes escalas de amplitud territorial entre el localismo y el cosmopolitismo, 60.7% mencionó su pueblo y 17.7% un ámbito todavía menor: su barrio. Es decir, 78.4% de los entrevistados manifiesta un vínculo territorial abrumadoramente localista. El apego al municipio (6.6%), a todo el valle de Atlixco (6.6%) y al estado de Puebla presentan porcentajes realmente bajos. Ni qué decir del apego a México como país, que sólo representa 5.3 por ciento.

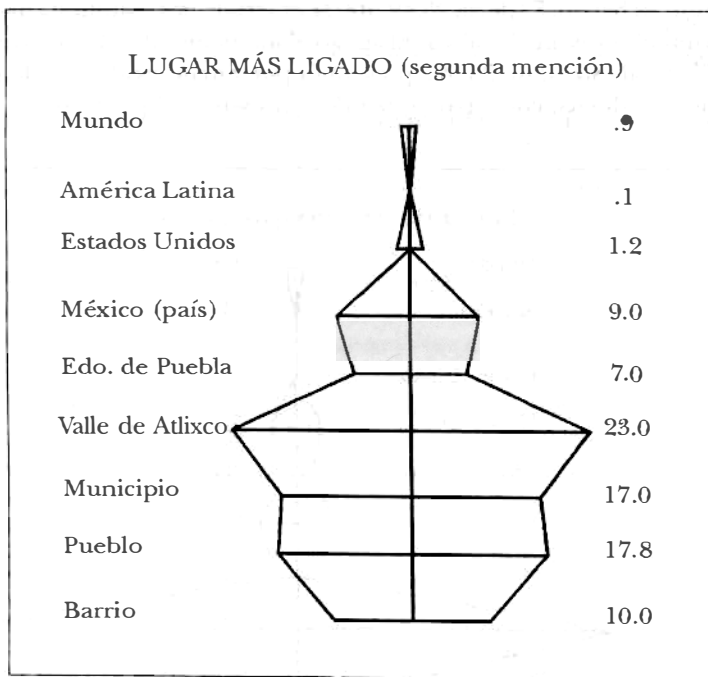


Este último resultado es sorprendente, porque contradice nuestra hipótesis inicial que preveía un alto nivel de nacionalismo en la región, debido a la inculcación escolar a través de los textos obligatorios y gratuitos; y también debido al hecho de que la región de Puebla se vincula de modo muy especial con un episodio glorioso de la lucha contra la invasión francesa en el siglo pasado, cuya fecha ha quedado impresa en la memoria nacional: la batalla del 5 de Mayo.

Para averiguar si no se trataba de una situación excepcional sólo válida para nuestra región de estudio, comparamos estos resultados con los obtenidos por uno de nuestros estudiantes que aplicó el mismo cuestionario en dos poblaciones del estado de Morelos: Tlayacapan y Totolapan, completamente diferentes de las de Atlixco ya sea por su cercanía a la ciudad de México, ya sea por ser el primero un lugar de tránsito del turismo dominical hacia los balnearios y otros centros de recreo de la zona. Para nuestra sorpresa, encontramos un perfil muy semejante en lo referente al apego socioterritorial.

Volviendo al valle de Atlixco, la percepción del municipio y de la región como objetos de apego sólo adquiere cierta relevancia en la segunda mención (17.0% y 23.0% respectivamente), pero la referencia a México como país sigue siendo muy baja.

Al formular la pregunta inversa: "¿Cuál es el lugar al que se siente menos ligado?", resalta en primer lugar Estados Unidos (35.8%), en segundo lugar México como país (12.4%), y por último el estado de Puebla (11.9%).

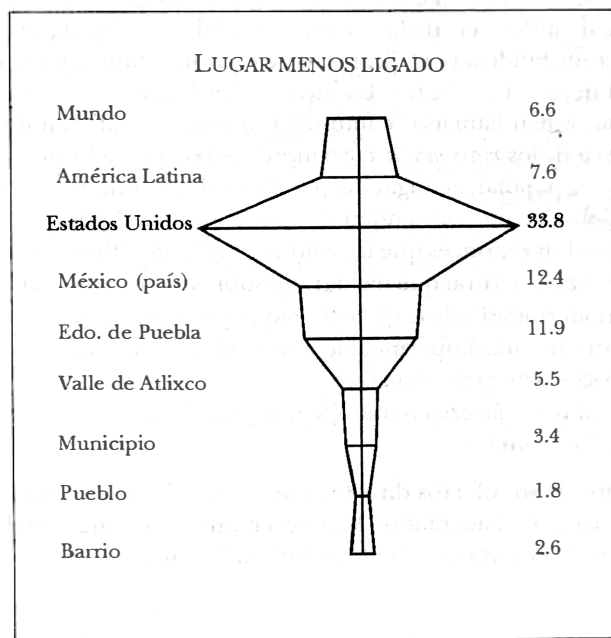


La descripción del lugar o territorio al que un entrevistado se siente más ligado se hace siempre en términos altamente valorativos y expresivos: por ejemplo, “éste es el lugar donde nací”, “aquí me gusta porque soy libre y hago lo que quiero”, “me gusta el olor del campo”, “el clima y la comida... son cosas que extrañaría [si viviera en otra parte]”, etcétera.

Cuando se pregunta cuál es el centro más importante en relación con la zona de mayor apego, 55.1% responde que la ciudad de Atlixco, 17.6% que otra localidad del mismo municipio y apenas 7.0% menciona la ciudad de Puebla. Es decir, los entrevistados reconocen bien la centralidad regional de la ciudad de Atlixco, a cuyo mercado de los sábados acude 98% de la población. Para la gran mayoría, su importancia es sobre todo económica (60%), aunque para algunos es también política (9%).

Todo parece indicar, entonces, que más allá del espacio íntimo y cotidiano, objeto del mayor apego, los entrevistados reconocen un espacio instrumental más vasto, focalizado en la ciudad de Atlixco.

Por lo que toca a la estructura motivacional del apego, ésta es la que corresponde a una comunidad tradicional en el más puro sentido tönnesiano. En efecto, se trata de una estructura basada principalmente en la sangre y en la tierra. En 94% de los casos, los entrevistados invocan como razón principal de su apego el hecho de que allí radica su familia. En segundo lugar mencionan la propiedad de la tierra (88.4%). En tercer lugar, el hecho de que allí viven sus amigos y todos los conocen (82.8%); y, por último, el hecho de compartir las ideas y costumbres de la comunidad (82.3%).



Pero debe advertirse de inmediato que este acendrado localismo no implica una actitud de repliegue sobre sí mismos. Paradójicamente, se trata de un localismo abierto hacia el exterior, ya que los entrevistados consideran que la migración, además de ser una necesidad económica (85%), ayuda a que las personas se valgan por sí mismas (83.7%); permite ampliar su conocimiento de lugares y encontrar nuevos amigos (82.1%); y constituye un camino para mejorar (69.9%). Esta mentalidad abierta queda corroborada por el hecho de que por lo menos la mitad de los entrevistados manifiesta una actitud receptiva hacia la inmigración de personas ajenas a su comunidad. En resumen, el localismo no significa necesariamente introversión y es compatible con la apertura al mundo.

LAS CONCLUSIONES

Los resultados de la encuesta parecen contradecir en buena parte nuestras expectativas iniciales. En efecto, contrariamente a lo esperado, nos hemos encontrado con comunidades rurales extremadamente localistas —aunque no cerradas ni replegadas sobre sí mismas—, fuertemente integradas desde el punto de vista cultural y celosas de sus tradiciones, sobre las cuales no parece haber hecho mella ni la proximidad de una metrópoli industrial como Puebla ni la migración nacional e internacional a destinos urbanos ni el bombardeo incesante de los *mass-media*.

Hemos visto, en efecto, que pese a la proximidad y a la relativa fluidez de las comunicaciones en el área considerada, la región de Atlixco ha quedado en su mayor parte fuera de la esfera de influencia de la ciudad de Puebla; que la migración internacional más bien ha contribuido a revitalizar —a través de la comunicación constante y de las remesas de dinero— la cultura y las identidades locales, generando un curioso modelo que algunos han llamado “comunidad transnacional” (Smith, 1994); y que lo mismo cabe decir de los *mass-media*, cuyo modo de recepción localista los sujeta a los códigos de la cultura popular, en lugar de que ellos sujeten a sus usuarios a una “esfera pública transnacional”, como pretenden algunos comunicólogos.

¿Habrán que concluir entonces que la región del valle de Atlixco constituye un residuo de la vieja civilización rural que ha logrado sobrevivir por inercia histórica en los márgenes de la modernidad y de la globalización? ¿Se trata de un enclave que por razones desconocidas ha sido impermeable a la modernidad y ha quedado fuera del alcance de los procesos de globalización?

Sin embargo, aunque parezca paradójico, la globalización está presente en estas comunidades de dos maneras:

- 1) por algunos de sus efectos directos que se manifiestan en forma de cambios menores de carácter adaptativo, los que, en nuestra opinión, no han afectado la sustancia de la cultura y de la identidad tradicionales;

2) por sus “efectos perversos”²⁹ como son, por un lado, la marginación y la exclusión, y por otro, la migración internacional.

Por lo que toca al primer punto, no debe concluirse de los datos anteriormente reportados que las comunidades del valle de Atlixco sean comunidades mineralizadas, renuentes al cambio y olvidadas por la historia. Por el contrario, el contacto de las familias rurales con la modernidad urbana a través de la migración y de la exposición a los *media* ha provocado algunos cambios significativos, aunque no mutaciones dramáticas, en las culturas locales. Y no podía ser de otro modo, ya que tanto la cultura como el sentimiento de pertenencia son realidades dinámicas regidas dialécticamente por una lógica de continuidad y discontinuidad

Para comenzar, según los resultados de nuestra encuesta, los propios entrevistados tienen en su mayoría (79%) la percepción de que se han producido importantes cambios en sus comunidades en los últimos diez y veinte años. Estos cambios habrían afectado sobre todo la vida económica y la infraestructura de la comunidad (camino, red de electricidad, telefonía rural...), y son los más positivamente valorados por la mayor parte de los entrevistados, no así los producidos en el plano político, en el moral, en la vida religiosa y en las tradiciones, que son valorados negativamente por el 50 por ciento.

La investigación etnográfica revela con mayor detalle los cambios producidos a partir de factores como la migración y la exposición a los *media*.

Los cambios inducidos por la migración son visibles sobre todo en el plano de la estructura familiar. En efecto, la ampliación y diversificación de los roles instrumentales de las mujeres y su movilidad espacial se pueden imputar a los huecos dejados por la migración masculina, así como el cambio de mentalidad con respecto al tamaño de la prole; y es atribuible a la migración de retorno la tendencia hacia la comercialización de la economía local, ciertas pautas de consumo semiurbano, la familiarización con el uso de nuevas tecnologías de comunicación, la diversificación de las ocupaciones y cierta erosión del sentido de autoridad y jerarquía.

Por lo que toca a la exposición a los *media*, si bien ha tenido escasa incidencia en el cambio cultural, a la larga tiende a ampliar los horizontes locales poniendo a la vista —aunque sea como espectáculo— un mundo urbano/industrial cuyas normas y valores (sobre todo en lo referente al sexo, al amor, al matrimonio y a la familia) problematizan los de la “pequeña tradición” local.

Por lo que toca al segundo punto, contrariamente a cierta ideología de la globalización “que enmascara las relaciones de dominación introduciendo la imagen de un conjunto mundial autorregulado o fuera del alcance de la intervención de los centros de decisión política” (Touraine, 1997:55), sabemos que la globalización observable y realmente existente es polarizada y desigual, y, por lo mismo, genera simultáneamente en todos los espacios y en todas las escalas formas de participación y de exclusión. La

²⁹ Así denomina Raymond Boudon a los efectos imprevistos y no deseables que resultan de la agregación de acciones individuales (véase a este respecto Dubois, 2000:34ss.).

globalización es en gran medida urbanización progresiva del planeta, acompañada por la marginalización de los espacios rurales no funcionales a este proceso.

Toda sociedad ha practicado siempre alguna forma de exclusión y de marginación —dice el geógrafo Olivier Dollfus (1994)—; pero la economía y el mercado mundial han introducido una nueva forma de exclusión: la exclusión de los “inútiles”, de los que no quieren o no pueden vender sus habilidades y su fuerza de trabajo, de los que no tienen una capacidad de compra suficientemente interesante para el mercado a causa de su pobreza. Estos “inútiles” se localizan tanto en regiones enteras del mundo como en el seno mismo de sociedades consideradas como prósperas (p. 9).

Esto es lo que explica, en nuestra opinión, la apariencia de enclave y de atraso que presenta nuestra región, la coexistencia casi codo a codo de la modernidad urbana y de la miseria rural, y la integración selectiva y limitada de sólo una diminuta área de la región a la dinámica económica de la metrópoli poblana. En efecto, no podían interesar a la globalización ni al mercado urbano unos campesinos tradicionales mediocrementemente escolarizados, demasiado localistas, demasiado comunitarios y, sobre todo, demasiado pobres.

Podemos ir más lejos todavía: la globalización está presente en el valle de Atlixco a través de otro de sus “efectos perversos”: la migración laboral internacional. En efecto, si bien las migraciones no representan un fenómeno totalmente nuevo —el inicio de flujos migratorios hacia los países industrializados se remonta a finales del siglo XIX—, son cada vez más numerosos los autores que las asocian a la globalización como una de sus manifestaciones “naturales” (Berti, 2000:82ss.).

En efecto, si nos situamos en el plano de las causas de la migración, podemos observar dos situaciones:

- 1) los *mass-media*, indiscutiblemente ligados a la globalización, han reforzado poderosamente los “factores de atracción” difundiendo por el mundo entero mensajes que enfatizan el bienestar, los atractivos y la oferta de oportunidades de los países desarrollados;
- 2) entre los “factores de expulsión” que provocan la migración forzada por razones económicas figura en primer lugar el ya señalado mecanismo discriminante y polarizador inherente al proceso de globalización. En efecto, este mecanismo genera a nivel mundial grandes disparidades en las condiciones de vida y de salario, concentrando el bienestar en pocas áreas del mundo.

Bajo esta perspectiva, y paradójicamente, los “migrantes por necesidad” del valle de Atlixco son en realidad víctimas de la fallida globalización del bienestar. “Se globalizan el mercado y la vida financiera, pero no las condiciones de vida” —dice R. de Vita (cit. por Berti, 2000:84).

Si nos situamos ahora en el plano de los efectos de la globalización sobre las modalidades de la migración, podemos distinguir también dos situaciones:

- 1) a través de las políticas de deslocalización y de dispersión global de las actividades económicas, estimuladas por la globalización, las grandes empresas transnacionales han generado todo un sistema de servicios basado en trabajadores marginales que trabajan “en condiciones de fuerte segmentación social, salarial y frecuentemente étnico-racial” (Sassen, 1997, citado por Berti, 2000:85). Éste es el sector destinado precisamente a los inmigrantes;
- 2) las nuevas tecnologías aplicadas a la información, a la comunicación y a los medios de transporte —que son aspectos indiscutibles de la globalización— han hecho posible una nueva figura de la condición de los migrantes en sus lugares de destino: la diáspora. Esta figura implica el mantenimiento constante de vínculos materiales y simbólicos con la comunidad de origen, como los que hemos observado precisamente entre los migrantes de Atlixco.³⁰ Según algunos autores, este fenómeno explicaría por qué las migraciones internacionales tienden a ser cada vez menos definitivas y más orientadas al retorno. La figura de la diáspora es lo que ha inducido a algunos (v.g., Smith, 1994), como lo hemos señalado más arriba, a hablar de “comunidades transnacionales”.

Habrá que preguntarse, para terminar, si la persistencia del apego a formas tradicionales de sociabilidad en comunidades rurales como las del valle de Atlixco —donde el único recurso disponible es la solidaridad y no la competitividad basada en el poder del dinero— no constituye una estrategia de supervivencia en medio de un espacio globalizado donde la única regla es la competencia de todos contra todos, que es como decir la guerra de todos contra todos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abric, Jean-Claude, 1994, *Pratiques sociales et représentations*, PUF, París.
- Bajtín, Mijaíl, 1993, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza Editorial, Madrid.
- Barth, Fredrik, 1976, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bassand, Michel (comp.), 1981, *L'identité régionale*, Editions Georgi, Saint Saphorin (Suiza).
- Bassand, Michel, 1990, *Culture et régions d'Europe*, Presses Polytechniques et Universitaires Romandes, Lausanne (Suiza).

³⁰ En la actual sociología de las migraciones se recurre al término diáspora para definir a cualquier comunidad separada de su lugar de origen que exprese una reivindicación identitaria y mantenga vínculos materiales (v.g. las remesas de dinero) y simbólicos con dicho lugar de origen. Según esta terminología, cuando se produce una asimilación de los migrantes a la sociedad receptora, ya no se puede hablar de diáspora.

- Bataillon, C., 1969, *Las regiones geográficas de México*, Siglo XXI Editores, México.
- Baud, Pascal *et al.*, 1997, *Dictionnaire de Géographie*, Hatier, París.
- Bauer, G. y J.-M. Roux, 1976, *La rurbanisation ou la ville éparpillée*, Seuil, París.
- Berti, Fabio, 2000, "Globalizzazione e immigrazione: quale relazione?", en Vincenzo Cesareo y Mauro Magatti, *Le dimensioni della globalizzazione*, Franco Angeli, Milán.
- Bonnemaison, J., 1981, "Voyage autour du territoire", *L'Espace Géographique*, núm. 4, pp. 249-262.
- Bouchard, Gérard, 1994, "La région culturelle: un concept, trois objects. Essais de mise au point", en Fernand Harvey (comp.), *La région culturelle*, Institut Québécois de Recherche sur la Culture, Québec.
- Bourdieu, Pierre, 1979, "Les trois états du capital culturel", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 30, pp. 3-10.
- Bourdieu, Pierre, Robert Chartier y Robert Darnton, 1985, "Dialogue à propos de l'histoire culturelle", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 59.
- Chevalier, F., 1975, *La formación de los latifundios en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Claval, Paul, 1995, *La géographie culturelle*, Nathan, París.
- Cache, Denys, 1996, *La notion de culture dans les sciences sociales*, La Decouverte, París.
- Demarchi, Franco, 1983, "Il territorio come fornitore di referenti simbolici", *Sociologia Urbana e Rurale*, año V, 12, pp. 3-10.
- Diry, Jean-Paul, 1999, *Les espaces ruraux*, Sedes, París.
- Dollfus, Olivier, 1994, *L'Espace Monde*, Economica, París.
- Doubois, Michel, 2000, *La sociologie de Raymond Boudon*, PUF, París.
- Figueroa, Alejandro, 1994, *Por la tierra y por los santos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA) / Culturas Populares, México.
- Frémont, Armand, 1999, *La región espace veçu*, Flammarion, París.
- Fuentes Aguilar, L., s.f., "Regiones económicas del estado de Puebla", El Colegio de Puebla, Puebla, mimeo.
- Garavaglia, J. C., 1996, "Atlixco: el agua, los hombres y la tierra en un valle mexicano (siglos XIV-XVII)", en A. Tortolero Villaseñor (coord.), *Tierra, agua y bosques / Historia y medio ambiente en el México central*, Instituto José Ma. Luis Mora / Centre Français d'Études Mexicaines et Centraméricaines / Universidad de Guadalajara / Pobrerrillos, México, pp. 69-126.
- Geertz, Clifford, 1992, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.

- Geipel, M., Cesa Bianchi *et al.*, 1980, *Ricerca geografica e percezione dell'ambiente*, Unicopli, Milán.
- Giddens, Anthony, 1990, *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, Standford.
- Giménez, Gilberto, 1997, "Materiales para una teoría de las identidades sociales", *Frontera Norte* (revista de El Colegio de la Frontera Norte), vol. 9, núm. 18, pp. 9-28.
- Giménez, Gilberto, 2000, "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural", en Rocío Rosales Ortega (coord.), *Globalización y regiones en México*, UNAM / Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 19-52.
- Giménez, Gilberto y Mónica Gendreau, 1998, "A central community among multiple peripheral communities", *Latin American Issues*, núm. 14, pp. 1-29.
- Gubert, R. *et al.*, 1992, *L'appartenenza territoriale tra ecologia e cultura*, Riverdito Edizioni, Trento.
- Gupta, A. y J. Ferguson, 1992, "Beyond 'culture': space, identity and the politics of difference", *Cultural Anthropology*, vol. 7 (1), pp. 6-23.
- Hannerz, Ulf, 1992, "Cosmopolitan and locals in world culture", en Mike Featherstone, *Global Culture*, Sage Publications, Londres.
- Hoerner, Jean-Michel, 1996, *Géopolitique des territoires*, Presses Universitaires de Perpignan, Perpiñán.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1985, *Anuario Estadístico del Estado de Puebla*, México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1990, *Censos Poblacionales V al XI*, México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1995, *Conteo de población y vivienda*.
- Lemus, Y., 1998, "La fiesta de los muertos en Huaquechula", tesis de licenciatura en ciencias de la comunicación, Universidad de Las Américas, Puebla.
- Maurer Ávalos, E., 1999, "La situación indígena en Chiapas", ponencia presentada en la Universidad de Deusto, España, en noviembre de 1999, mimeo.
- Mercier, Paul, 1971, *Histoire de l'Anthropologie*, PUF, París.
- Merton, Robert K., 1965, *Éléments de théorie et de méthode sociologique*, Plon, París.
- Moles, A. y E. Rohmer, 1998, *Psychosociologie de l'espace*, L'Armattan, París.
- Muñoz Cruz, H. y R. Podestá Siri, 1994, *Yancuitalpan, tradición y discurso ritual*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

- Pérez Quitt, R., 1991, *Xelhua. Historia de Atlixco*, Instituto Nacional Indigenista / Culturas Populares, Puebla.
- Pollini, Gabriele, 1990, "Appartenenza socio-territoriale e mutamento culturale", en Vincenzo Cesareo (ed.), *La cultura dell'Italia contemporanea*, Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli, Turín.
- Raffestin, C., 1980, *Pour une géographie du pouvoir*, Librairies Techniques (Litec), París.
- Smith, R., 1994, "Los ausentes siempre presentes: the imagining, making and politics of a transnational community between Ticuani, Puebla, Mexico, and New York City", tesis doctoral, Columbia University, Nueva York.
- Strassoldo, R. y N. Tessarin, 1992, *Le radici del localismo*, Riverdito Edizioni, Trento.
- Thompson, John B., 1995, *The Media and Modernity*, Stanford University Press, Stanford.
- Thompson, John, 1998, *Ideología y cultura moderna*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Touraine, Alain, 1997, *Pourrons nous vivre ensemble?*, Fayard, París.
- Tuan, Yi-Fu, 1974, *Topophilia*, Prentice-Hall, Nueva Jersey.
- Van Young, Eric (comp.), 1992, *Mexico's Regions*, University of California, Center for U.S.-Mexican Studies, San Diego.
- Vargas, M. P., 2000, "Consecuencias de la migración internacional en la identidad huaquechulense", tesis de licenciatura, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.